Frédéric Beigbeder

Una novela francesa

Traducción de Francesc Rovira

EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Un roman français
© Éditions Grasset & Fasquelle
París, 2009

Ouvrage publié avec le concours du Ministère français chargé de la Culture-Centre national du Livre
Publicado con la ayuda del Ministerio francés de Cultura-Centro Nacional del Libro

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: retrato del autor en 1974, © N. Ratel

Primera edición: septiembre 2011

© Librairie Générale Française, por el prefacio de Michel Houellebecq, 2010

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7569-0
Depósito Legal: B. 20364-2011

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, Múrcia, 36
08830 Sant Boi de Llobregat

PREFACIO

La mayor cualidad de este libro es, sin ninguna duda, su honestidad. Y cuando un libro es tan honesto, puede dar lugar, casi inadvertidamente, a verdaderos descubrimientos sobre la naturaleza humana, terreno en el que la literatura mantiene varios cuerpos de ventaja sobre las ciencias. Así, leyendo *Una novela francesa,* uno se da cuenta de que la vida de un hombre se divide en dos períodos, la infancia y la edad adulta, y de que resulta absolutamente inútil afinar el análisis. Quizá en otros tiempos existía una tercera época, llamada *vejez,* que hacía de nexo, una época en la que volvían los recuerdos de infancia y daba aspecto de unidad a una vida humana. Para entrar en la vejez, sin embargo, era necesario haberla aceptado, haber salido de la vida para entrar en la edad del recuerdo. Sumergido en deseos y proyectos de adulto, el autor no se encuentra en esta situación, y no conserva prácticamente ningún recuerdo de su infancia.

A pesar de todo, conserva uno que evoca unos camarones y una playa de la costa vasca. A la manera de Cuvier cuando reconstruía un esqueleto de dinosaurio a partir de un fragmento de hueso, Frédéric Beigbeder reconstruye, a partir de este único recuerdo, toda su historia familiar. Se

trata de un trabajo serio, sólido, en el que descubrimos una familia francesa, mezcla a fin de cuentas armoniosa de burguesía y aristocracia, con una fuerte implantación regional. Una familia heroica hasta el absurdo durante la Primera Guerra Mundial; un poco más reservada luego, al estallar la Segunda, y dominada después de 1945 por un intenso apetito de consumo que alcanzará un nivel inusitado a partir de 1968, generalizándose al ámbito de la *moralidad.* Una familia como tantas otras, perteneciente más bien a las clases altas, pero es precisamente la banalidad de la historia familiar de Beigbeder lo que le da su fuerza, puesto que a la vez vemos cómo toda la historia de la Francia del siglo XX desfila ante nuestros ojos y revive sin aparente esfuerzo. A veces, en la primera lectura, uno se pierde un poco entre los personajes, es lo único que se podría reprochar al autor.

En la adolescencia, todo cambia y los recuerdos afluyen, pero en el fondo son dos cosas, y sobre todo dos, las que perviven en la memoria del autor: las chicas que le han gustado y los libros que ha leído. ¿Acaso es esto y sólo esto la vida y lo que de ella permanece? Parece ser que sí. Y en este punto la honestidad de Beigbeder es de nuevo tan evidente que uno ni siquiera se plantea poner en duda sus conclusiones. Si es en efecto esto y sólo esto lo que le parece importante, es que sólo esto lo es. En el fondo, el placer de la autobiografía es casi el inverso del de la novela: lejos de perderse en el universo del autor, el lector de una autobiografía no se olvida en ningún momento de sí mismo; se compara, se confronta, verifica, página tras página, su pertenencia a una humanidad común.

Me ha gustado menos lo que se refiere a las noches pasadas en detención preventiva por consumo de cocaína en la vía pública. No deja de ser curioso, pues debería haber simpatizado con ello, ya que yo mismo pasé una noche en prisión

por una infracción casi igual de estúpida (fumar un cigarrillo en un avión) y puedo confirmar que las condiciones de detención son impresentables. Aun así, el autor y su amigo el poeta son un poco sobrados, bastante bocazas. La evocación del niño, ese pequeño ser enclenque todo barbilla y orejas que sigue lo mejor que puede a su querido y admirado hermano mayor, es breve, pero tiene tanta fuerza que experimenté la sensación de que ese niño leía conmigo, por encima de mi hombro, todo el libro. En este episodio de delincuencia hay algo que no funciona: el niño no se reconoce en el adulto en el que se ha convertido. Y esto, probablemente, vuelva a ser verdad: el niño no es el padre del hombre. Existe el niño, existe el hombre, y entre ambos no hay ningún nexo. Se trata de una conclusión incómoda, embarazosa, pues nos gustaría que en el centro de la personalidad humana hubiera cierta unidad. Es una idea que nos cuesta rechazar; nos gustaría poder establecer ese nexo.

En cambio, sí que lo establecemos enseguida en las páginas dedicadas a la hija, sin duda las más bellas del libro. Pues, imperceptiblemente, el autor se da cuenta, y nosotros con él, de que esos años de infancia que atraviesa su hija son los únicos de verdadera felicidad. Y de que nada, ni siquiera el amor que su padre le profesa, le evitará tropezar con los mismos obstáculos, recorrer las mismas sendas. Esta mezcla cada vez más desgarradora de tristeza secreta y amor culmina en el magnífico epílogo, que podría justificar por sí solo el libro, en el que el autor enseña a su hija, tal como su abuelo le enseñó a él, el arte de las cabrillas. En ese instante se cierra el círculo y todo queda justificado. La piedra que se eleva mágicamente «seis, siete, ocho veces» por encima del mar. La victoria, limitada, sobre la pesadez.

MICHEL HOUELLEBECQ

Como una primavera los niños crecen
Y vienen en verano
Se los lleva el invierno y ya jamás parecen
Lo que han sido.

PIERRE DE RONSARD,
Ode à Anthoine de Chasteigner, 1550

a mi familia
y a Priscilla de Laforcade,
que forma parte de ella.

PRÓLOGO

Soy más viejo que mi bisabuelo. Durante la segunda batalla de Champaña, el capitán Thibaud de Chasteigner contaba treinta y siete años cuando cayó, el 25 de septiembre de 1915 a las nueve y cuarto de la mañana, entre el valle del Suippe y la linde del bosque de Argonne. Tuve que acribillar a mi madre a preguntas para averiguar más detalles: el héroe de la familia es un soldado desconocido. Está enterrado en el castillo de Borie-Petit, en Dordoña (en casa de mi tío), pero he visto una fotografía suya en el castillo de Vaugoubert (en casa de otro tío): un joven alto y delgado en uniforme azul, con el pelo rubio cortado a cepillo. En su última carta a mi bisabuela, Thibaud cuenta que no tiene tenazas para cortar las alambradas de espino y abrirse camino hacia las posiciones enemigas. Describe un paisaje calizo y llano, habla de la lluvia incesante que transforma el terreno en un barrizal pantanoso y desvela que ha recibido la orden de atacar a la mañana siguiente. Sabe que va a morir; su carta es como una *snuff movie,* una película de terror rodada sin artificios. Al alba, cumplió con su deber entonando el canto de los girondinos: «Morir por la patria es la suerte más bella, ¡la más digna de envidia!» El regimiento

de infantería n.º 161 se lanzó hacia un muro de balas. Tal como estaba previsto, mi bisabuelo y sus hombres cayeron despedazados por las metralletas alemanas, asfixiados por el cloro. Así pues, se puede decir que Thibaud fue asesinado por sus superiores. Era alto, era guapo, era joven, y Francia le ordenó morir por ella. O más bien, hipótesis que confiere a su destino una extraña actualidad, Francia le dio la orden de suicidarse. Como un kamikaze japonés o un terrorista palestino, este padre de cuatro niños se sacrificó con pleno conocimiento de causa. Este descendiente de cruzados fue condenado a imitar a Jesucristo: a dar la vida por los demás.

Desciendo de un valeroso caballero que fue crucificado en las alambradas de Champaña.

1. LAS ALAS CORTADAS

Me acababa de enterar de que a mi hermano lo nombraban caballero de la Legión de Honor cuando comenzó mi detención preventiva. Los policías no me pusieron las esposas inmediatamente, sino sólo durante mi traslado al hospital Hôtel-Dieu y, la segunda noche, al Dépôt, las dependencias de la isla de la Cité. El presidente de la República acababa de escribir una carta encantadora a mi hermano mayor felicitándole por su contribución al dinamismo de la economía francesa: «Es usted un ejemplo del capitalismo que queremos: un capitalismo de emprendedores, no de especuladores.» El 28 de enero de 2008, en la comisaría del distrito VIII de París, unos funcionarios con uniforme azul, revólver y porra a la cintura, me desnudaban por completo para registrarme, me confiscaban el teléfono, el reloj, la tarjeta de crédito, el dinero, las llaves, el pasaporte, el permiso de conducir, el cinturón y la bufanda, me tomaban muestras de saliva y las huellas digitales, me levantaban las pelotas para comprobar que no escondía nada en el agujero del culo, me fotografiaban de cara, de perfil, de tres cuartos, con una cartulina antropométrica en las manos, antes de encerrarme en una jaula de dos metros cuadrados con las paredes cu-

biertas de pintadas, sangre seca y mocos. En aquel momento ignoraba todavía que unos días más tarde asistiría a la ceremonia de entrega de la Legión de Honor a mi hermano en el palacio del Elíseo, en la sala de fiestas, algo menos estrecha, y que contemplaría a través de los ventanales cómo el viento agitaba las hojas de los robles del parque, como si me hicieran señales, como si me invitaran a salir al jardín presidencial. Aquella noche, tumbado sobre un banco de cemento a eso de las cuatro de la madrugada, la situación me parecía bien simple: Dios creía en mi hermano, y a mí me había abandonado. ¿Cómo dos seres tan unidos en la infancia habían podido conocer destinos tan dispares? A mí me acababan de interrogar por consumo de estupefacientes en la calle con un amigo. En la celda de al lado, un carterista golpeaba el cristal con el puño sin demasiada convicción, pero con la suficiente regularidad como para impedir el sueño de los demás detenidos. De todos modos, dormir era una quimera, ya que, aun cuando los encarcelados dejaban de berrear, los policías no paraban de dar voces en el pasillo, como si sus prisioneros estuvieran sordos. Flotaba en el aire un olor a sudor, a vómito y a estofado de ternera con zanahorias mal recalentado en el microondas. El tiempo pasa muy lentamente cuando uno no tiene su reloj y a nadie se le ocurre apagar la luz blanca de neón que parpadea en el techo. A mis pies, un esquizofrénico sumido en un coma etílico gemía, roncaba y se tiraba pedos echado en el mugriento suelo de hormigón. Hacía frío y sin embargo me ahogaba. Me esforzaba por no pensar en nada, pero es imposible: cuando se encierra a alguien en un agujero de dimensiones reducidas, no para de darle vueltas a la cabeza; intenta en vano ahuyentar el pánico; algunos suplican de rodillas que los dejen salir, o sufren crisis nerviosas, a veces incluso intentan poner fin a su vida o confiesan crímenes

que no han cometido. Yo habría dado cualquier cosa por un libro o por un somnífero. Como no tenía ni lo uno ni lo otro, empecé a escribir todo esto en mi mente, sin bolígrafo, con los ojos cerrados. Espero que este libro os permita evadiros tanto como a mí esa noche.

2. LA GRACIA DESVANECIDA

No me acuerdo de mi infancia. Cuando lo digo, nadie me cree. ¡Todo el mundo se acuerda de su pasado! ¿Para qué vivir, si la vida se olvida? En mí no queda nada de mí mismo; de los cero a los quince años, me enfrento a un agujero negro (en el sentido astrofísico: «objeto masivo cuyo campo gravitatorio es tan intenso que impide que se escape cualquier forma de materia o radiación»). Durante mucho tiempo creí que era normal, que los demás padecían la misma amnesia que yo, pero si les preguntaba: «¿Te acuerdas de tu infancia?», me contaban un montón de historias. Me avergüenza que mi biografía esté escrita con tinta simpática. ¿Por qué no es indeleble mi infancia? Me siento excluido del mundo, ya que el mundo tiene una arqueología y yo no. He borrado mi rastro como un criminal fugitivo. Cada vez que menciono esta debilidad mía, mis padres levantan los ojos al cielo, mi familia protesta, mis amigos de infancia se molestan y mis exnovias amenazan con sacar a la luz documentos fotográficos.

–¡No has perdido la memoria, Frédéric, sencillamente te importamos un comino!

Los amnésicos resultan ofensivos, sus allegados los to-

man por negacionistas, como si el olvido fuera siempre voluntario. Yo no miento por omisión: rebusco en mi vida como en un baúl vacío, y no encuentro nada; soy un desierto. A veces oigo murmurar a mis espaldas: «A ése no consigo ubicarlo.» Estoy de acuerdo. ¿Cómo queréis situar a alguien que ignora de dónde viene? Como dice Gide en *Los falsificadores de moneda,* estoy «construido sobre pilotes: sin cimientos ni subsuelo». La tierra se hunde bajo mis pies, levito sobre un colchón de aire, soy una botella que flota sobre el mar, un móvil de Calder. Para agradar a los demás, he renunciado a tener columna vertebral, he querido fundirme con el decorado cual Zelig, el hombre camaleón. Olvidar la propia personalidad, perder la memoria para ser querido: convertirse, para seducir, en lo que escogen los demás. En lenguaje psiquiátrico, este desorden de la personalidad se llama «déficit de conciencia centrada». Soy una forma hueca, una vida sin fondo. Según me han contado, de pequeño tenía colgado en mi cuarto de la rue Monsieur-le-Prince el póster de una película: *Mi nombre es Nadie.* Sin duda, me identificaba con el protagonista.

Jamás he escrito otra cosa que las historias de un hombre sin pasado: los protagonistas de mis libros son los productos de una época de inmediatez, perdidos en un presente desarraigado, habitantes transparentes de un mundo en el que los sentimientos son efímeros como mariposas, en el que el olvido protege del dolor. Es posible, soy la prueba de ello, no conservar en la memoria más que fragmentos de la propia infancia, y la mayor parte falsos o moldeados a posteriori. Semejante amnesia viene alentada por nuestra sociedad: incluso el futuro perfecto está en vías de extinción gramatical. Pronto mi deficiencia será banal, mi caso se acabará generalizando. A pesar de todo, reconozcamos que

no es muy habitual desarrollar los síntomas de la enfermedad de Alzheimer a mitad de la vida.

A menudo reconstruyo mi infancia por pura educación.

–Que sí, Frédéric, ¿no te acuerdas?

Amablemente, asiento con la cabeza:

–Sí, claro, coleccioné los cromos Panini, fui fan de las Rubettes, ¡ahora caigo!

Con gran desolación, tengo que confesarlo: jamás caigo en nada; soy mi propio impostor. Ignoro por completo dónde estaba entre 1965 y 1980; acaso sea éste el motivo de que esté tan perdido hoy en día. Espero que haya un secreto, un sortilegio oculto, una fórmula mágica que descubrir para salir de este laberinto íntimo. Si mi infancia no es una pesadilla, ¿por qué el cerebro mantiene mi memoria en semejante estado de letargo?

3. AUTOFLASHBACKS

Fui un niño obediente, que seguía dócilmente a su madre en sus peregrinaciones a la vez que se peleaba con su hermano mayor. Formo parte de la masa de niños no problemáticos. A veces me asalta un temor: a lo mejor no me acuerdo de nada porque no hay nada que recordar. De ser así, mi infancia sería una larga sucesión de días vacíos, aburridos, insulsos, monótonos como las olas de la playa. ¿Y si en realidad me acuerdo de todo? ¿Y si en los albores de mi existencia no hubiera ningún acontecimiento destacable? Una infancia protegida, mimada, privilegiada, sin originalidad ni relevancia... ¿Y de qué me puedo quejar? Escapar al infortunio, la tragedia, el duelo y los accidentes es una suerte en la construcción de todo ser humano. En ese caso, este libro sería una investigación sobre el tedio, el vacío, un viaje espeleológico al fondo de la normalidad burguesa, un reportaje sobre la banalidad francesa. Todas las infancias desahogadas son iguales, quizá no merezcan que nadie se acuerde de ellas. ¿Es posible poner en palabras todas las etapas que un niño estaba condenado a franquear en París en los años sesenta y setenta? Me gustaría relatar mi mitad correspondiente de deducción por hijo a cargo en la declaración de la renta de mis padres.

Mi única esperanza al iniciar tamaña zambullida es que la escritura haga revivir la memoria. La literatura se acuerda de lo que nosotros hemos olvidado: escribir es leer en uno mismo. La escritura reaviva el recuerdo; se puede escribir igual que se exhuma un cadáver. Todo escritor es un *ghostbuster,* un cazador de fantasmas. Se han observado curiosos fenómenos de reminiscencias involuntarias en algunos novelistas célebres. La escritura posee un poder sobrenatural. Se puede empezar un libro como si se consultara a un vidente o a un morabito. El autobiógrafo se sitúa en el cruce de caminos entre Sigmund Freud y Madame Soleil. En *¿Para qué sirve la escritura?,* un artículo de 1969, Roland Barthes afirma que «la escritura (...) cumple una tarea cuyo origen es indiscernible». Esta tarea ¿podría ser el retorno repentino del pasado olvidado? ¿Proust, su magdalena, su sonata, los dos adoquines desiguales a la entrada del palacio de Guermantes, que lo elevan a «las silenciosas alturas del recuerdo»? Uf, no me presionéis tanto, por favor. Prefiero escoger un ejemplo igual de ilustre pero más reciente. En 1975, Georges Perec empieza *W o el recuerdo de la infancia* con esta frase: «No tengo recuerdos de infancia.» El libro entero rebosa de ellos. Ocurre algo misterioso cuando cerramos los ojos para convocar nuestro pasado: la memoria es como la taza de sake que te sirven en algunos restaurantes chinos, con una mujer desnuda que aparece progresivamente en el fondo y desaparece a medida que el recipiente se va secando. La veo, la contemplo, pero cuando me acerco a ella se me escapa, se volatiliza: así es mi infancia perdida. Rezo para que el milagro acontezca en este libro y mi pasado se vaya revelando lentamente, como si fuera una Polaroid. Si me permitís que me cite a mí mismo –y en un texto autobiográfico intentar evitar el egocentrismo sería añadir el ridículo a la pretensión–, este curioso fenómeno ya se ha producido. Mien-

tras escribía *Windows on the World,* en 2002, una escena surgió de pronto de la nada: una fría mañana del invierno de 1978, salgo del piso de mi madre para ir andando hasta el instituto, con la cartera a la espalda y evitando las rayas de cemento que separan las baldosas de la acera. Echo bocanadas de vaho, me muero de aburrimiento y me retengo de echarme bajo las ruedas del 84. El capítulo termina con esta frase: «Nunca he salido de aquella mañana.» Un año más tarde, la última página de *El egoísta romántico* evoca el olor a cuero que tanto me repugnaba cuando era pequeño en los automóviles ingleses de mi padre. Cuatro años después, mientras redactaba *Socorro, perdón,* me acordé con placer de un sábado por la noche en el dúplex de mi padre, en el que mis zapatillas y mis sonrojos habían seducido a unas cuantas modelos nórdicas mientras escuchaban el disco doble naranja de Stevie Wonder. Atribuí esos recuerdos a personajes de ficción (Oscar y Octave), pero nadie creyó que fueran inventados. Intentaba hablar de mi infancia sin atreverme del todo.

A partir del divorcio de mis padres, mi vida se divide en dos: por un lado, la melancolía materna; por el otro, el hedonismo paterno. A veces, el ambiente se invertía: cuanto más levantaba el ánimo mi madre, más se refugiaba mi padre en el silencio. Los humores de mis progenitores fueron los vasos comunicantes de mi infancia. La misma palabra *vase,* que en francés puede significar «vaso» y también «cieno», evoca la idea de arenas movedizas. Probablemente, tuve que edificarme sobre un terreno blando. Para que uno de mis padres fuera feliz, era preferible que el otro no lo fuera. Esta lucha no era consciente, al contrario, nunca hubo el menor rastro visible de hostilidad entre ellos; este movimiento pendular era aún más implacable precisamente porque mantenía intacta su sonrisa.

4. VOCALES, CONSONANTES

El 28 de enero de 2008, la velada había empezado bien: cena regada de buenos vinos seguida de la ronda habitual por locales oscuros ingiriendo chupitos de vodka multicolores, con sabor a regaliz, a coco, a fresa, a menta, a curazao. Bebidos de un trago, los vasos negros, blancos, rojos, verdes, azules, tenían el color de las vocales de Rimbaud. Tarareaba *Where is my mind* de los Pixies sobre mi scooter, disfrazado de adolescente, con botas camperas de ante y media melena desgreñada, ocultando mi edad detrás de la barba y un impermeable negro. Hace más de veinte años que practico este tipo de deriva nocturna. Es mi deporte favorito, el de los viejos que se niegan a envejecer. No es nada fácil ser un niño prisionero en un cuerpo de adulto amnésico.

En *Sodoma y Gomorra,* el marqués de Vaugoubert quiere parecer «joven, viril y encantador, cuando, en realidad, ya no se atrevía a ir a mirar en el espejo cómo las arrugas se fijaban en el contorno de un rostro que le habría gustado conservar lleno de atractivo». Queda claro, pues, que el problema no es nada nuevo; Proust utilizó el nombre del castillo de mi bisabuelo Thibaud. Una ligera embriaguez empezaba a acolchar la realidad, a ablandar mi huida, a ha-

cer aceptables mis chiquilladas. Desde hacía un mes, una nueva ley de la República había prohibido fumar en el interior de las discotecas, y se había formado una pequeña aglomeración sobre la acera de la avenue Marceau. Yo era un no fumador solidario con las bellas muchachas con zapatos de tacón de charol que se inclinaban sobre mecheros encendidos. Durante un instante fugaz, sus rostros se iluminaban como en los lienzos de Georges de La Tour. Con una mano sostenía un vaso, y con la otra rodeaba hombros fraternales. Besaba la mano de una camarera en busca de un papel en alguna película o tiraba del pelo a un redactor jefe de revista sin lectores. Una generación insomne se reunía un lunes por la noche para luchar contra el frío, la soledad, la crisis que se vislumbraba ya en el horizonte, quién sabe, las excusas para emborracharse nunca escaseaban. Había también un actor de cine de autor, algunas mujeres en el paro, vigilantes de discoteca negros y blancos, un cantante pasado de moda y un escritor a quien yo había publicado la primera novela. Cuando éste sacó una bolsita blanca y vertió unos polvitos sobre el capó de un Chrysler negro que centelleaba en el callejón de atrás, nadie protestó. Nos divertía desafiar la ley; vivíamos una época de Prohibición, era momento de desobedecer como Baudelaire y Théophile Gautier, Ellis y McInerney, o como Blondin, a quien Nimier fue a sacar de la comisaría disfrazado de chófer de librea. Empecé a machacar meticulosamente las piedrecitas blancas con mi tarjeta de crédito de plástico dorado mientras mi colega escritor se quejaba de una amante que era más celosa aún que su mujer, hecho que consideraba (y creedme si os digo que yo asentía con la cabeza) de una falta de gusto imperdonable. De pronto, la luz de una sirena me hizo levantar los ojos. Un coche bicolor se detuvo frente a nosotros. Sobre la puerta blanca, subrayadas por un rectángulo rojo,

había pintadas unas extrañas letras azules. La letra P. Consonante. La letra O. Vocal. La letra L. Consonante. La letra I. Vocal. Me vino a la cabeza aquel concurso de la televisión, «Cifras y letras». La letra C. Nada... ¡Mecachis! La letra E. Sin duda aquellas letras dispersas escondían un sentido. Alguien intentaba prevenirnos, pero ¿de qué? Una sirena empezó a berrear mientras su luz azul daba vueltas como en una pista de baile. Salimos disparados como conejos. Como conejos enfundados en chaquetas entalladas. Como conejos con botines de suela lisa. Como conejos desconocedores de que el 28 de enero de 2008 se abría la veda en el distrito VIII. Uno de los dos conejos había olvidado incluso su tarjeta de crédito sobre el capó del coche, con su nombre termoformado encima, y al otro ni se le pasó por la cabeza deshacerse de los paquetes ilegales que llevaba en los bolsillos. Esta fecha marca el fin de mi juventud interminable.